

La calle y los niños: estrategias laborales en espacios públicos

María Eugenia Rausky^{1*}

RESUMEN

En la ciudad de La Plata el desarrollo de actividades laborales de niños y niñas en espacios públicos nos ha llevado a pensar en la especificidad que asume el trabajo infantil al ser desplegado en contextos de carácter público: ¿de qué modos los niños trabajadores y sus familiares –que frecuentemente los acompañan– practican y representan el espacio laboral? ¿Qué repercusiones tiene ello en los sentidos que los sujetos le asignan a su trabajo? Nuestras preguntas se orientan básicamente a pensar cómo se construye la experiencia de trabajar en un ámbito particular como el de la calle.

A grandes rasgos identificamos que ese espacio no representa para ellos un puro sustrato material, la calle es segmentada y dotada de sentidos por quienes allí trabajan. Los significados y los modos que los niños y sus padres tienen de vincularse con el espacio laboral no son únicos, sino múltiples y a veces contrapuestos: tanto niños como adultos, aunque se hallan insertos en contextos limitantes, crean e inventan formas de practicar y regular los espacios de trabajo y a través de ello al trabajo mismo.

1^a Licenciada en sociología (UNLP). Magíster en Metodología de la Investigación Social (UNTREF/UNIBO). Doctora en Ciencias Sociales (UBA). Becaria postdoctoral del CONICET con lugar de trabajo en el Centro Interdisciplinario de Metodología en Ciencias Sociales/ Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales/ UNLP-CONICET. E-mail: eugeniarausky@gmail.com

Palabras clave: trabajo infantil, espacios de trabajo callejeros, espacialidad del trabajo

ABSTRACT

Work performed by boys and girls in public spaces in La Plata city led us to consider the specificity of child labor when performed in contexts of public nature. In what ways do children and their relatives-who frequently accompany them- practice and represent the working space? How does it affect the meaning they assign to their work? Our questions are basically orientated to think the construction of the working experience in such a particular environment as the streets. In general, we identified that this space does not merely represent a material base for them: the street is segmented and sense given by those who work there. The meanings and ways in which the children and their parents relate to the working space are not singular but multiple and sometimes contradictory: both children and adults, although inserted in contexts with constricted possibilities, create and invent ways of practicing and regulating the working space and the work itself.

Keywords: Child Labor; Working in Public Spaces; Job Specificity

Introducción

En esta investigación focalizamos nuestro interés en el mundo del trabajo infantil vinculándolo con una dimensión particular: su espacialidad¹. Teniendo en cuenta la importante difusión y creciente notoriedad que tiene el trabajo infantil en espacios públicos nos proponemos indagar cómo se construye la experiencia de trabajar en la calle: ¿de qué modos los niños trabajadores y sus familiares practican el espacio laboral? ¿Qué significados construyen en torno a dicho espacio? ¿Qué repercusiones tiene ello en los sentidos que los sujetos le asignan a su trabajo?²

El interés que las ciencias sociales han desarrollado por el fenómeno de los niños que trabajan se evidencia en la creciente aparición de investigaciones que toman por objeto dicho fenómeno. Un modo de aproximación común al mismo puede encontrarse en un grupo de trabajos que analizan el fenómeno de los “chicos de la calle”. Desde la perspectiva de los especialistas hay diversos modos de ser un chico de la calle, para ello han establecido un recorte que instauro una diferenciación entre los chicos “de” la calle y los chicos “en” la calle. Los primeros son aquellos que habitan y permanecen prácticamente de manera estable en el espacio público, y que tienen escaso o nulo contacto con sus familias, a diferencia de los otros que sólo utilizarían las calles a fin de llevar a cabo actividades laborales, teniendo un contacto

1 El presente artículo es producto de una versión revisada y modificada de la ponencia presentada en las Jornadas Nacionales sobre Estudios Regionales y Mercados de Trabajo, de la RED SIMEL, llevadas a cabo en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, en junio de 2010, titulada “La calle y los niños: estrategias laborales en espacios públicos de la ciudad”.

2 La participación de los niños en actividades laborales desarrolladas en espacios públicos tiene una amplia difusión en nuestro país, de hecho, tal como lo indican los datos de la primera encuesta realizada en algunos aglomerados de Argentina sobre actividades laborales de niños, niñas y adolescentes (EANNA), uno de cada cuatro niños que trabajan, lo hace en la vía pública o en algún medio de transporte.

permanente con su núcleo familiar.

En particular, los estudios que focalizan esta cuestión insisten en la idea de que existe una representación difundida en todo el cuerpo social que sigue pensando que la calle contamina moralmente. La calle siempre fue, y continúa siendo un lugar ocupado por los más destituidos, que permanecen en ellas en búsqueda de algún beneficio (Gregori, 2000). Como sugieren Scheper-Hughes y Hoffman (1999) el término “chicos de la calle” insinúa que los niños están ocupando ilegítimamente el espacio público, que algo está fuera de lugar.

Del conjunto de investigaciones que se ocupan de la temática de la niñez en las calles podemos identificar grandes núcleos de interés, desde la invalorable contribución de la investigación conducida por Hetch (1998) con los chicos de la calle de la ciudad de Recife, quien logra develar las especificidades del mundo de estos niños, hasta algunos trabajos más específicos y puntuales. En este último caso encontramos estudios que se han ocupado del estado del arte sobre el tema (Rizzini, 1996 y Cerqueira Filho y Neder, 2001); otros que problematizan el concepto “chicos de la calle” (Aptekar y Abebe, 1997; Dallape, 1996; Droz 2006); proponiendo otro tipo de aproximaciones; también se encuentran aquellos trabajos preocupados por brindar reflexiones metodológicas respecto de los modos de hacer investigación social con estos niños, analizando el lugar que ocupan los chicos en los procesos de investigación, reflexionando sobre el rol del investigador y proponiendo técnicas de investigación adaptadas a las características de la población bajo estudio (Baker et. al 1996; Bemak, 1996; Van Beers, 1996; Young y Barret, 2001; Lucchini, 1996a); estudios micro-sociológicos que se han volcado al reconocimiento del proceso que lleva a que un niño se convierta en chico de la calle, (Hannsen, 1996; Invernizzi, 2003); estudios que analizan las relaciones que se dan entre los niños que trabajan en las calles (Hugginis y Rodríguez, 2004; Scheper-Hughes y Hoffman, 1999) y por último, investigaciones que se han pregun-

flujos y los puntos de conexión con las estructuras (terminales de transporte, estaciones, paradas de buses). Estos puntos de conexión han servido de espacios a territorializar por y para el trabajo informal y de esta manera los niños y jóvenes trabajadores, en ellos han instaurado formas y tejidos vivenciales, operacionales y organizacionales (...) Los niños y jóvenes encuentran en los espacios públicos del centro la posibilidad concreta para subsistir y es así como, con la venta callejera de sus productos o servicios, lo recorren a diario en todos sus ángulos y escondites; dotándolos de usos y configuraciones que escapan a la concepción tradicional de una ciudad meramente concebida de y para la formalidad. (Pérez Alvarez, 2005 : 6-8).

Pensamos el espacio público, la calle, como un escenario. La categoría “escenario” la recuperamos del pensamiento de Goffman (2006) y resulta interesante en la medida en que proporciona una manera de abordar el estudio de las prácticas cotidianas que se fijan, aunque sea de manera transitoria, en algún lugar. El análisis de tales prácticas a través de la exploración de los escenarios se pregunta por los espacios y tiempos en los cuales las personas tienen “encuentros” -otra categoría goffmaniana- con otras personas. En esta perspectiva algunas geografías de la vida cotidiana incorporan a los escenarios un matiz en términos espaciales muy relevante: las prácticas y sus escenarios difieren sustancialmente cuando ocurren “fuera de un recinto” (*outdoor*) o dentro de un recinto (*indoor*) (Lindón, 2006a). En cada uno de estos escenarios se pueden esperar ciertos comportamientos típicos.

Yendo aún más lejos de la distinción entre estos dos tipos de escenarios, aquellos definidos como *outdoor* pueden diferenciarse según se trate de “escenarios callejeros fijos” o “escenarios callejeros móviles” (Lindón, 2006b). Los escenarios callejeros fijos son aquellos lugares concretos delimitados por el espacio amplio. Los escenarios callejeros móviles no son escenarios en

sentido estricto, sino trayectorias de desplazamientos por las calles. En función de la diferenciación entre tipos de escenarios, nosotros nos focalizamos en los llamados “escenarios callejeros fijos” representados en este caso por el cruce de dos calles.

Como sostiene Machado Pais (2007) no hay territorio sin proclamación, esto es, que no esté marcado por ceremonias de territorialización, por ritualidades de afirmación de identidad que tienen una expresión territorial. Creemos que en el caso de los espacios de trabajo callejeros un elemento central que está en juego es la búsqueda de la armonización de las relaciones entre quienes comparten el espacio de trabajo.

Los espacios de trabajo callejeros constituyen universos absolutamente heterogéneos, en ellos no sólo encuentran sustento los niños, sino que adultos y jóvenes desarrollan diferentes estrategias laborales para poder subsistir. Para desplegar sus actividades laborales allí, se necesita una gestión adecuada del espacio que permita su máxima rentabilidad, para eso se requiere que no exista una excesiva superposición de personas ofreciendo sus servicios en simultáneo.

Los sujetos buscan establecer un orden, así es frecuente que creen reglas que pueden ser tanto tácitas como discursivas, a fin de ajustar pautas de convivencia en el espacio compartido. Un componente en la organización del trabajo es definitivamente la regulación del espacio.

Al hablar de reglas, nos acercamos a la acepción que Giddens (1998) da al término, cuando equipara el significado de regla con la idea de fórmula. Según este autor, la fórmula es un procedimiento generalizable dado que se aplica a un espectro de contextos y ocasiones, y es un procedimiento porque facilita la continuación metódica de una secuencia establecida. Las reglas de la vida social son *“técnicas o procedimientos generalizables que se aplican a la escenificación/reproducción de prácticas sociales”* (Giddens 1998:57). Entre los distintos tipos de reglas que considera más significativos para la teoría social, destaca dos pares

que a nosotros nos interesan en particular, el par reglas tácitas y discursivas, y el par reglas informales y formalizadas. Veamos a continuación cómo operan en las prácticas diarias de quienes trabajan en la calle.

El establecimiento de bandas horarias, consignando los tres clásicos turnos de la mañana, la tarde y la noche, o dos turnos: mañana y tarde-noche, a diferentes grupos de trabajadores es una de ellas. La idea que subyace a esta práctica es –como mencionamos– que no haya una excesiva superposición de personas ofreciendo sus servicios en simultáneo en aquel lugar. De este modo, la competencia por captar clientes intenta no ser feroz ni desleal.

A los “acuerdos” ya mencionados se suma otro tipo de arreglos: los puntos específicos en los que cada uno (a nivel individual o grupal) se ubicará. Así, o bien algunos se sitúan en ciertas esquinas y otros en otras, o también se comparte entre diversos grupos de trabajadores una misma esquina o porción de espacio en un mismo horario (no suelen ser más de tres grupos). En este último caso, para poder hacerlo hay algunas prácticas regladas que implementan los trabajadores y que hacen al modo de organizar lo más racionalmente posible la actividad. Por ejemplo, cuando se trata de dos grupos de limpiavidrios, lo que frecuentemente hacen es compartir los clientes y dividir la paga. Cuando se trata de compartir la misma porción de espacio, pero realizando distintas actividades como cuando uno ofrece algún producto para la venta, otro limpia vidrios y otro se dedica a pedir monedas, se evidencian gestos de solidaridad entre los trabajadores, tal como avisar con algunas señales al compañero que uno de los autos reclama sus servicios, o quiere darle alguna moneda. También se recurre a una segmentación del espacio, por ejemplo, en circunstancias en que los niños han compartido el lugar con jóvenes malabaristas se acordó que ellos podían pedir monedas a los tres primeros autos mientras que los restantes correspondían a los chicos.

Las reglas de ningún modo son inmutables, sino que se crean

ción agonística del espacio de trabajo, el espacio es sentido como algo que está atravesado por la lucha: pelear, disputar y negociar son actividades que se requieren para poder permanecer allí. Este modo de vincularse con los otros hace que las relaciones entre los distintos grupos de trabajadores sean en ciertos períodos armoniosas, mientras que en otros se tornen conflictivas. Como dijimos, los problemas sobrevienen cuando se transgreden las reglas, y en tales circunstancias un grupo o persona tiene que emigrar hacia otro lugar. En algunas oportunidades las contendas quedan en el plano discursivo, mientras que otras a veces llegan a dirimirse con el uso de fuerza física.

Por los limpiavidrios, los limpiavidrios son, van falopeados los pendejos y joden a las criaturas (...) no las dejan hacer nada a las criaturas, no las dejan vender, les pegan, a mi nene uno le pego acá (muestra la panza) un limpiavidrios se la puso acá, pero así le fue, así lo dejó mi hermano (...) lo golpeó un limpiavidrios, uno grandote, como de 30 años, fue mi hermano y lo re cagó a palos, ese no vino nunca más” (Analía)

Aunque en aquella circunstancia fue el limpiavidrios el que no volvió al lugar, en otras, fueron Analía y sus hijos quienes frente a peleas y conflictos tuvieron que migrar. Incluso, en una oportunidad algún vecino de la zona de la terminal o alguien de la terminal de ómnibus misma (no se sabe exactamente quién) realizó una denuncia policial porque un grupo de niños se encontraba pidiendo dentro del edificio de la terminal. Estos niños eran los hijos de Irene, otra señora que trabaja junto a sus hijos. Según Analía probablemente los niños estuvieran ahí “bardeando, mientras la madre estaba en la puerta –de la terminal- tomando mate con su macho” y por eso “algún vecino llamó a la policía”. El punto es que ese acontecimiento particular terminó derivando en una presencia policial continua por la zona, que a diario

patrullaba el lugar amenazando a las madres de los niños trabajadores. Dicha presencia se extendió por al menos un período de dos meses. Ahora bien, no nos interesa detenernos en el hecho en sí, ya que situaciones como éstas son muy habituales. Lo importante es que este suceso nos llevó a elucidar algunas reglas más que hacen al funcionamiento de la calle. Irene transgredió al menos dos de ellas. Una, que no se puede permanecer junto a hombres: si una mujer se encuentra sola con sus hijos mendigando, la situación es admisible, la presencia de un hombre no lo es, según Analía “eso queda mal”. Y ese quedar mal, nos redirecciona a los vínculos que los trabajadores de la calle tienen con los otros sectores sociales, se queda mal frente a quienes circulan por allí, es decir, frente a aquellos que los pueden “ayudar” y “dar unas moneditas”.

Claramente en esta circunstancia la condición de género favorece a las madres de los niños trabajadores, quienes saben que su condición femenina a los ojos de los demás las puede situar –a veces, no siempre- en un lugar de fragilidad, que en esta oportunidad ellas maximizan a fin de obtener los resultados deseados: poder permanecer en las calles trabajando junto a sus hijos evitando que vecinos o miembros de la fuerza policial las sancionen. De este modo, encontramos que Analía –al menos en lo que refiere a este aspecto- termina beneficiándose de algunos de los valores machistas, como aquel que presupone que el hombre se ve obligado a ser el proveedor del hogar y no debe “hacer mendigar” a sus hijos en la calle mientras él no hace “nada”.

La otra de las reglas que Irene quebró es haber incursionado en un lugar cerrado, como lo es la terminal. Mientras la circulación se realice por espacios públicos evidentemente se está más libre de algunas potenciales sanciones.

Si bien este conjunto de reglas creadas informalmente tienen un vigor insoslayable y ponen de manifiesto la extraordinaria fuerza coercitiva que poseen aspectos que a simple vista no percibimos o nos parecen triviales, tampoco podemos desestimar

el peso de aquellas reglas que sí están codificadas formalmente, como lo son las leyes y las ordenanzas municipales.

Doble ilegalidad: mecanismos de control de los espacios

Más allá de las diferentes actividades que cada trabajador despliega en la calle, hay algo en común que todos ellos comparten y es la prohibición de la práctica que desarrollan, ya que según disposiciones municipales el uso del espacio público a tales fines está prohibido.⁹

En el caso de los niños que trabajan la trasgresión es doble, ya que a la ilegalidad propia de utilizar el espacio público, se suma la ilegalidad de desarrollar actividades laborales a edades no permitidas por la ley. Esto que llamaremos doble ilegalidad vuelve a los niños aún más vulnerables.

Si bien nosotros hablamos de una doble ilegalidad, en las conversaciones mantenidas con los niños, el riesgo que representa la no legalidad de la práctica laboral se vislumbra sólo en una de sus dimensiones: lo problemático tanto para los niños como para sus padres no es el uso del espacio público para fines que están expresamente prohibidos, sino el hecho de trabajar teniendo minoría de edad¹⁰.

El hecho de que el espacio se vuelva en estas circunstancias represor hace que las experiencias de vigilancia y control dejen sus huellas profundas en los niños que trabajan, quienes

9 El Código del Espacio Público, Ordenanza N° 9880, estipula en el artículo 66 del título III que “se consideran “Actividades Prohibidas” a aquellas actividades no admitidas en las tipologías urbanas del partido, así como a aquellos usos admitidos que no cumplan con alguna de las limitaciones o requisitos establecidos para cada caso por la presente norma”. Las actividades desarrolladas en los lugares en que llevamos a cabo las observaciones no se incluyen como actividades admitidas en las tipologías creadas.

¹⁰ Los términos “menor” o “menores de edad” son frecuentemente utilizados por los niños y sus padres.

exteriorizan sentimientos de bronca expresados bajo un tono agresivo y de indignación. Cristóbal, de ocho años, que trabaja pidiendo monedas en la zona de la rambla comenta en relación a las fuerzas policiales: *“siempre con mi hermano los bardeamos, yo no les tengo miedo”* (nota de campo del 08/2008) David, el hombre que comparte el espacio de trabajo con ellos asiente: *“cada vez que pasan los milicos los pibes los insultan”*. María, una mamá de aproximadamente 30 años, que iba a pedir junto a su bebé y su hija de cuatro años decía: *“al final si robás porque robás y si estás en la calle porque estás en la calle, es mejor esto antes que robar”* (nota de campo del 11/2008).

Los sentidos del lugar

En una conversación que mantuvimos con Analía preguntamos por Irene, a lo que contestó: *“esa falopera, no, no está viniendo, y que no venga porque yo peleo por el lugar, no puede venir cualquiera, acá no entra cualquiera, y no voy a cuidar el lugar para otros”*. Una contestación similar recibimos al preguntarle en otra oportunidad por Rita, otra de sus vecinas con la que también solía compartir el espacio de trabajo *“ella quiere volver a pedir en la terminal, pero yo no la dejo entrar, acá no tiene lugar, esto está todo ocupado y estas tres esquinas son mías”*.

Estas frases condensan los sentidos sobre el lugar, qué hacen a cómo se piensa y se siente el espacio de trabajo y cómo se orientan las prácticas allí. Pronunciar que se está “adentro” tiene indefectiblemente un contenido metafórico, ya que en términos estrictos no hay un interior -al menos material-. Al igual que sostener que las esquinas le pertenecen, “son mías”, ya que se trata de un espacio de carácter público y no privado.

Evidentemente la interioridad o exterioridad no se ancla en construcciones materiales, sino en el sentido que los sujetos le dan al lugar. Lo mismo sucede con el carácter público o privado

Este modo de vivenciar el espacio tiene su correlato en la forma de practicarlo. Los niños tienden a comportarse en él de forma familiar, instalándose un escenario que por momentos se asemeja a la dinámica que tiene un hogar. Allí comen, juegan, andan descalzos, los varones en verano suelen llevar el torso al descubierto, se cambian algunas prendas de vestir, se recuestan en el piso, toman mate, etc. Este modo de practicar el lugar se evidencia en términos espacio-temporales en una circunstancia concreta: en aquellos momentos (temporalidad) en que están reunidos todos juntos en un segmento del lugar (espacialidad)¹¹, en el punto que los reúne y encuentra; cuando cada uno está por separado en las diferentes esquinas de la zona, el comportamiento es diferente en la medida en que hay una mayor distancia con el lugar: se muestran más tímidos, rígidos y tensos.

Estar trabajando en la calle supone establecer un conjunto de relaciones con diferentes actores que por allí circulan o permanecen. No sólo los automovilistas a quienes los niños ofrecen sus servicios o piden monedas, sino que, como hemos visto, allí también se encuentran otros trabajadores, personas que viven por la zona o que trabajan en comercios aledaños y esporádicamente, las fuerzas policiales, entre otros sujetos.



En su relación con los conductores de los automóviles, los chicos que trabajan exhiben un *know-how*, que da cuenta de las habilidades o artimañas que desarrollan para obtener lo que necesitan para vivir, el dinero. Los más pequeños suelen trabajar a partir de la conquista de la simpatía de los automovilistas. Para lograrlo brincan en las puertas de los autos y con una sonrisa les dicen: “me dás”, o sin decir nada, con un simple gesto ponen la mano para pedir una moneda. En otras oportunidades también hemos visto que utilizan algún disfraz o gorro de cotillón como un modo que les permite atraer más la atención de los conductores. En los momentos de trabajo los niños se muestran muy alertas con los vehículos que por allí transitan. Quienes son más pequeños, -que tienen entre cuatro, cinco, seis, siete u ocho años- son poco vergonzosos y tienen una picardía que los que tienen más edad no ponen en juego. Los mayores -aquellos que tienen entre nueve y catorce años- se muestran más serios o respetuosos, y frente a cualquier negativa de los conductores a cooperar o a aceptar sus servicios, enseguida se retiran para pasar al próximo. El punto nodal está aquí en las diferentes estrategias -gestuales, corporales y verbales- que los niños implementan para ganar dinero.

La experiencia que van desarrollando se capitaliza en un saber que les permite optimizar el tiempo de trabajo. Por ejemplo Cristóbal, reivindica un saber propio: poder darse cuenta rápidamente -con sólo echar una mirada a través de los vidrios de los autos- quién está dispuesto a darle una moneda y quién no. Si observa que la persona que conduce no hace un movimiento rápido con su mano que indique que va a sacar una moneda, rápidamente avanza hacia los otros conductores. De esta manera, no sólo gana tiempo para ir hacia otro automóvil a pedir en el lapso en que el semáforo está en rojo, sino que también es una estrategia que le permite evitar insultos: “*algunos te rajan a puteadas*”.

Los chicos que tienen algunos años más no ganan el dinero desde la picardía, sino que se muestran mucho más serios en su

expresividad. El gobierno de su cuerpo y sus gestos son más bien rígidos, y frente a la negativa de los conductores de los automóviles a cooperar suelen seguir adelante, sin insistir en su pedido. Algunos de ellos tienen un bebé en brazos para mendigar, saben que es algo que en los automovilistas puede despertar mayor sensibilidad. A su vez, el tipo de vestimenta que llevan suele ser más limpia que la de los más pequeños, quienes frecuentemente usan ropa rota y sucia, al igual que su rostro y su pelo que muchas veces también lo está. En invierno se ve también a algunos de los más chicos con muy poco abrigo y en alguna ocasión descalzos. Sabemos que el modo de vestir, de andar y la evidencia o no de limpieza corporal, son signos que dan cuenta de información social. Tal como señala Goffman (1998), esta información, al igual que el signo que la transmite, es reflexiva y corporizada: es transmitida por la misma persona a la cual se refiere, lo cual ocurre a través de la expresión corporal, en presencia de aquellos que la reciben.

La apariencia de los niños deja prever -a quienes circulan por las calles- en qué categoría se encuentran y cuáles son sus atributos, aquello que Goffman, (1998) denomina la identidad social. Su sola apariencia permite mostrar que son dueños de atributos que los vuelven diferentes a los demás niños (esto sucede en la medida en que tienen atributos incongruentes con nuestro estereotipo acerca de cómo deben ser y qué deben hacer los niños) y eso los convierte en personas que para algunos pueden ser peligrosas y para otros débiles. Este mecanismo hace que se los deje de ver como personas totales y corrientes para reducirlos a seres menospreciados. Un atributo de esta naturaleza -y aquí coincidimos con Goffman- es un estigma, en la medida en que produce en los demás, un descrédito amplio,

Valiéndonos de este supuesto practicamos diversos tipos de discriminación, mediante la cual reducimos en la práctica, aunque a menudo sin pensarlo, sus posibilidades

de vida. Construimos una teoría del estigma, una ideología para explicar su inferioridad y dar cuenta del peligro que representa esa persona, racionalizando a veces una animosidad que se basa en otras diferencias, como por ejemplo la de clase social. (Goffman, 1998 : 15).

Los chicos que trabajan en la calle son vistos por otras personas como niños que de pequeños son víctimas, pero a medida que van creciendo se convierten en victimarios, de pequeños son indefensos, pero luego peligrosos y malos. Así se construye lo que en términos de Goffman (1998) es “*el punto de vista de los normales*”, que atribuye a los niños un conjunto de características que terminan conformando su identidad social virtual.¹² Si bien la visión de David confirma estas percepciones que se construyen sobre los niños, en algo nos parece que sí puede distanciarse de las imágenes del conjunto y es en el nivel de comprensión de la situación que explica que haya niños trabajando. Para algunos, como para David, esto es una consecuencia de un modo de organización de la sociedad, que margina a los más pobres. Para otros, es una cuestión de elección individual, se está allí porque se quiere estar, porque es el camino más fácil, innumerables veces hemos oído aseveraciones tales como “*están ahí porque quieren*”, “*son vagos, no quieren trabajar*”.

Las representaciones que se construyen sobre los niños trabajadores no quedan en el plano de la percepción, sino que tienen su anclaje en las prácticas: se dice lo que se dice y se actúa en consecuencia. En una ocasión, mientras estábamos en la zona de la terminal, se acercó el hijo mayor de Analía junto con un amigo a plantearle a su mamá, que mientras estaban limpiando vidrios, una señora pasó y les dijo “chorros”, los acusó de robar. La madre

12 Goffman (1998) establece una diferenciación entre la identidad social real, que son aquellos atributos que pueden demostrarse que le pertenecen al sujeto efectivamente, y la identidad social virtual, que son aquellos atributos imputados al individuo en función de nuestras pretensiones de normalidad.

enfurecida preguntó por qué no la llamaron a ella, a lo que los chicos contestaron que la señora inmediatamente se había ido, sin darles tiempo a la réplica.

Entre la idea de que son drogadictos, delincuentes, sucios y maleducados, se refleja la imagen que se construye sobre ellos; y si bien a nivel discursivo se mantienen críticos y distantes en relación a esta mirada, inevitablemente ese desprecio no les es indiferente, sino que decididamente se interioriza, impactando en la constitución de su subjetividad y contribuyendo a conformar una imagen que a largo o mediano plazo termina desvalorizándolos. Como bien advierte Lezcano (1997) estas construcciones tienen una construcción histórica de larga data, ya desde 1870 la sociedad porteña comenzaba a mostrar signos de preocupación por la presencia de niños en espacios públicos, hacia principios del siglo XX una importante proporción de los niños de sectores populares realizaba actividades laborales, algunos lo hacían en el marco del sector industrial mientras que otros lo desarrollaban en el mercado de trabajo callejero. Lo interesante de tal distinción entre tipos de inserciones, esto es, industria/ comercio versus calle, es observar cómo uno y otro tipo de inclusión de los niños servía para dotarlos de una atribución diferencial de identidad. Aquellos niños que trabajaban en el marco de una actividad industrial o comercial eran calificados o denominados “niños obreros”. Aquellos que se dedicaban a los oficios callejeros como la venta ambulante, la mendicidad o la prostitución eran identificados como el cimiento de la delincuencia juvenil y denominados “pequeños delincuentes”, ya que se entendía que estos niños no contaban con la atención suficiente de sus padres y carecían de la protección moral y material necesaria que da certidumbre al orden social. De hecho, la legislación laboral de la época excluía formas de trabajo infantil informales que en aquel entonces y aún hoy son las de más fácil acceso para los niños.

El sólo hecho de estar en la calle abre a los niños un abanico de relaciones (positivas y negativas) con distintas personas, que de

otro modo, si se quedaran en su casa, en el barrio o si trabajaran en otro tipo de lugar (no público) no establecerían. Del conjunto de relaciones que los niños entablan en la calle no todas ellas se reconocen como hostiles. Si bien hay claramente un conjunto de personas que los discriminan y estigmatizan, hay otro grupo de personas que los propios niños consideran cercanos, “amigos” y que sienten que tienen para con ellos un trato teñido de afecto. Los niños tejen en el lugar de trabajo vínculos de respeto y afecto con algunos de los vecinos, con otros trabajadores (con quienes comparten el espacio de trabajo) y con los automovilistas.

Los mismos niños desarrollan su propia clasificación de los automovilistas, Cristóbal y su hermana Tania de doce años nos dicen que hay personas que “te rajan a puteadas”, pero también “hay gente muy buena, amiga” (nota de campo del 11/2008). A partir de las observaciones hemos podido visibilizar distintas situaciones: algunas personas que pasan por allí habitualmente en sus automóviles los saludan cariñosamente, y muchas veces les alcanzan alimentos o ropa, otras los maltratan y desprecian, mientras que otras se relacionan desde la indiferencia, como si ellos no estuviesen allí.

Con algunos comerciantes de la zona sucede lo mismo. Por ejemplo, Analía comenta que hay vecinos que los han denunciado, pero que también hay vecinos que les han dado changas, como por ejemplo barrer sus veredas. Ella misma se refiere al dueño de una agencia de lotería de la zona como “su amigo”, al que le pide cosas cuando necesita. Los empleados de una pizzería les regalan todos los días varias porciones de pizza para que puedan alimentarse. Es más, en una oportunidad, a raíz de un accidente doméstico en el que Tania se había hecho una quemadura profunda en su mano, la encargada de la pizzería se ocupó de curarle la herida a diario.

Estas situaciones que tomamos para ejemplificar los distintos vínculos que se desarrollan en el lugar, nos hablan de un espacio en el que se construyen lazos que pueden ser o no hostiles. En

efecto es frecuente que se asocie unilateralmente la calle o el espacio público como algo naturalmente sujeto a peligros varios, propicio a las desgracias y la violencia (Da Matta, 1997). Si bien, como ya hemos advertido, esto es de hecho así, la calle representa también, al menos para quienes trabajan allí, un lugar oportuno para establecer lazos de amistad y respeto teñidos por el afecto y cariño, lo que hace que el vínculo que los sujetos establecen con el territorio integre diversos significados, que pueden parecer contrarios entre sí: lugar peligroso, al que se le tiene miedo, lugar atravesado por conflictos y luchas entre trabajadores por la apropiación del espacio, lugar en el que se agrede a los niños (automovilistas que los insultan), lugar en el que a veces se los persigue, pero también es el lugar en el que se encuentra gente amiga y solidaria, con quienes logran tejer lazos de afecto, protección y cariño.

Estas múltiples formas que los sujetos tienen de ver y darle sentido a la calle, nos permite visualizar el complejo entramado de vínculos que ellos establecen con el territorio, imposible de reducir y simplificar bajo un único sentido, como muchas veces se hace.

Conclusiones

Una vez que los niños abandonan su lugar de residencia y permanecen en algún escenario fijo despliegan diferentes estrategias laborales a fin de conseguir aquello que buscan y necesitan: dinero y alimentos. Esa búsqueda se desarrolla en la calle, un espacio esencialmente público. El hecho de que el trabajo se lleve a cabo en un lugar de tales características lo dota de sentidos particulares que aquí nos propusimos explorar.

Ese espacio no representa para ellos un puro sustrato material, además de ser un soporte, un medio de trabajo, la calle es segmentada y dotada de sentidos por quienes allí trabajan. La calle sintetiza simultáneamente muchas cosas, la calle es ese exterior urbano con sus veredas y avenidas, pero también es su gente, sus

trabajadores, peatones, conductores, vecinos, dueños y empleados de comercios, dependencias públicas o edificios. Con todos estos sujetos tanto los niños como sus padres entablan vínculos disímiles, y de acuerdo a cómo se perciben tales vínculos se percibe también a la calle misma y al trabajo que se desarrolla allí.

La calle adquiere múltiples sentidos para sus trabajadores. A lo largo del trabajo de campo pudimos elucidar que los niños y sus padres tienen las más variadas formas de vincularse y percibirla. Ellos desarrollan sentidos de pertenencia y cuasi-propiedad en algunas zonas públicas, que se traducen en formas particulares de practicarlas, también manifiestan sensaciones de lucha por la apropiación de los espacios, expresan miedos varios: a la policía, a otros grupos de trabajadores, y sienten la marginación y discriminación de algunos otros. Paralelamente la calle posibilita el desarrollo de vínculos de solidaridad y amistad, con personas pertenecientes a diferentes sectores sociales, no sólo entre trabajadores de la misma condición, sino de sectores heterogéneos. La calle es también lo que les permite sobrevivir, lo que les brinda lo que necesitan para satisfacer sus más elementales necesidades.

Al explorar estos escenarios pudimos descubrir que los significados y los modos que los niños y sus familiares tienen de vincularse con el espacio laboral no son únicos, sino múltiples y a veces contrapuestos.

Asimismo logramos advertir que quienes trabajan en las calles tienen una doble relación con el espacio: éste los moldea y da forma, pero ellos también lo hacen. Los niños y sus padres organizan sus lugares de trabajo en los que permanecen a través de un conjunto de hábitos que les permiten adaptarse a un espacio que los reprime y somete a las reglas formales, pero que a la vez ellos logran ajustar y modificar. Esto se evidencia por ejemplo en la creación de las reglas informales que tienden a regular su uso y que hacen a la organización del trabajo en los espacios públicos. De este modo resulta interesante ver que un conjunto de prácti-

cas laborales que aparentemente podrían pensarse como anárquicas y carentes de pautas, están organizadas, y que lo estén hace nada más ni nada menos que a la eficacia misma del trabajo.

A través de la observación de las prácticas desplegadas en tales espacios pudimos conocer los modos en que tanto niños como adultos, aunque se hallan insertos en contextos limitantes, crean e inventan formas de practicar y regular los espacios de trabajo y a través de ello al trabajo mismo.

Sabemos que son las condiciones de vida las que empujan a que estos sujetos desarrollen actividades laborales típicamente precarias en la vía pública. Sin desconocer las asimetrías de la sociedad en la que viven y de la que ellos son víctimas, y sin omitir que las prácticas y vivencias espaciales están atravesados por su condición social (pobres), de género, de clase, y de edad, en dichos marcos influidos por parámetros institucionales básicos, ellos no sólo actualizan acuerdos normativos, sino que crean y recrean constantemente otros.

Bibliografía

Aptekar, Lewis y Abebe, Behailu

1997. "Conflict in the neighborhood: street and working children in the public space". En *Childhood*. Vol. 4. Londres.

Baker, Rachel, Panter-Brik, Catherine y Todd, Alison.

1996. "Methods used in research with street children in Nepal". En *Childhood*. Vol. 3. Londres.

Bemak, Fred.

1996. "Street reserchers: a new paradigm redefining future research with street children". En *Childhood*. Vol. 3. Londres.

Cerquiera Filho, Gisalio y Neder, Gizlene.

2001. "Social and historical approaches regarding street children in Rio de Janeiro (Brasil) in the context to teh transition to democracy". En *Childhood*. Vol. 8. Londres.

Dallape, Fabio.

1996. "Urban Children: a challange and an opportunity". En *Childhood*. Vol. 3. Londres.

Da Matta, Roberto

1997. *A casa & a rua. Espaço, cidadania, mulher e morte no Brasil*. Rio de Janeiro: Editora Rocco.

De la Garza Toledo, Enrique

2003. *Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo*. D.F. México: Fondo de Cultura Económica.

Droz, Yvan

2006. "Street Children and the work ethic. New policy for an old moral, Nairobi (Kenya)". En *Childhood*. Vol. 13. Londres.

Feldman, Silvio

1997. "Los niños que trabajan en la Argentina" en Feldman, S., García Méndez, E. y Areldsen, H. (eds.) *Los Niños Que Trabajan*. Buenos Aires: UNICEF.

Giddens, Anthony

1998. *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.

Goffman, Erving

1998. *Estigma*. Buenos Aires: Amorrortu.

2006. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.

Gregori, María Filomena

2000. *Viracao. Experiencias de meninos nas ruas*. San Pablo: Companhia das Letras.

Hanssen, Einar

1996. "Finding care on the street: processes on the careers of Sri Lanka streets boys". En *Childhood*. Vol. 3. Londres.

Hetch, Tobías

1998. *At home in the street*. Cambridge: Cambridge University Press.

Huggings, Martha y Rodrigues, Sandra

2004. "Kids working on Paulista Avenue". En *Childhood*. Vol. 11. Londres.

Invernizzi, Antonella

2003. "Street working children and adolescents in Lima. Works as an agent of socialization". En *Childhood*. Vol. 10. Londres.

Lezcano, Alicia

1997. "Trabajadores infantiles: ¿quienes fueron y quienes son?". En *Delito y Sociedad*. Año 6, n° 9, 10. Buenos Aires.

Lindón, Alicia

1999. *De la trama de la cotidianeidad a los modos de vida urbanos en el Valle del Chalco*. México DF: El Colegio de México.

2002. "Trabajo, espacios de vida y cotidianeidad. La periferia oriental de la ciudad

de México". En: *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales* Vol. VI, número 119, Barcelona.

2003. "Territorialidad y género: Una aproximación desde la subjetividad espacial". En proceso de publicación en libro colectivo coordinado por Patricia Ramirez Kuni y Miguel Angel Aguilar Díaz. México: Flacso. UAM.

2006a. "Geografías de la vida cotidiana". En: D. Hiernaux, y A. Lindón, (Comps.), *Tratado de geografía humana*. España: Anthropos.

2006b. "Cotidianidad y espacialidad: la experiencia de la precariedad laboral". En: C. Delgado, y A. Narváez, (Coords.) *La experiencia de la ciudad y el trabajo como espacios de vida*. México: Plaza y Valdés.

Machado Pais, José

2007. *Chollos, chapuzas, changas. Jóvenes, trabajo precario y futuro*. España: Anthropos.

Lucchini, Riccardo.

1996a. "Theory, method and triangulation in the study of street children". En *Childhood*. Vol. 3. Londres.

1996b. "The street and its image" en *Childhood*. Vol. 3. Londres.

Pérez Álvarez, Alexander.

2005. "Maniobras de la sobrevivencia en la ciudad. Territorios de trabajo informal infantil y juvenil en espacios públicos del centro de Medellín-Colombia" Ponencia presentada en el *I Congreso Latinoamericano de Antropología*. Rosario.

Pinzón, Angela, Briceño, Leonardo, Gómez, Ana Isabel y Latorre, Catalina.

2003. "Trabajo infantil en las calles de Bogotá". En *Revista Ciencias de la salud*. Vol. I. N° 2. Rosario.

Rizzini, Irene.

1996. "Street children: an excluded generation in Latin América". En *Childhood*. Vol. 3. Londres.

Scheper-Hughes, Nancy y Hoffman, Daniel.

1999. "Brazilian Apartheid: street kids ans struggle for urban space" en Scheper-Hughes, N y Sargent, C. (eds.) *Small Wars. The cultural politics of childhood*. Berkeley: University of California Press.

Van Beers, Henk.

1996. "A plea for a child.center approach in research with street children". En *Childhood*. Vol. 3. Londres.

Young, Lorraine y Barrett, Hazel.

2001. "Issues of access and identity: adapting research methods with Kampala street children". En *Childhood*. Vol. 8. Londres.

Documentos

Código del Espacio Público, Ordenanza N° 9880. Disponible en: http://www.concejodeliberante.lapлата.gov.ar/digesto/cod_espacio/titulo3.htm